

LECCION42ª LAS PROMESAS A ABRAHAM Y LA TIERRA PROMETIDA

1. Doble dimensión de la promesa

Es evidente que una lectura atenta de Génesis, en todos aquellos pasajes que hablan del pacto concertado con Abraham (Gén. 12:2, 3; 13:16; 15:5, 17; 17:2, 6-8; 18:18; 22:17, 18), nos enseña que las promesas hechas al patriarca comportan una doble dimensión. Parte de dichas predicciones tiene que ver con bendiciones más próximas; otra parte, con bendiciones más lejanas; las unas son de carácter espiritual; las otras, de orden material. La naturaleza interna de ciertos elementos de estas promesas y la externa de otros es obvia.

Tenemos, pues, una doble dimensión y, asimismo, un doble cumplimiento. Es importante que nos percatemos de ello, porque las promesas de signo material, terreno, como el país de Canaán, hallaron su cumplimiento antes que las de naturaleza espiritual (ser fuente de bendición a todas las familias de la tierra, erigiéndose en padre de todos los creyentes), y, del mismo modo, las primeras -externas- se agotaron, tanto histórica como geográficamente, en un tiempo determinado, mientras que las segundas -las de carácter interno, espiritual- son eternas.

2. Cumplimiento de las promesas materiales

Dios prometió al linaje de Abraham –a su descendencia material- una rápida y gran multiplicación, cosa nada fácil en la antigüedad, cuando se desconocían la medicina y la higiene, y la mortandad infantil alcanzaba cifras altas. Del patriarca saldrían generaciones que se multiplicarían como las estrellas del cielo y las arenas del mar (Gén. 12:2, 3; 13:16; etc.). Esto se cumplió literalmente a partir de los descendientes de los doce hijos de Jacob (Ex. 1:7; Deut. 1:11; 10:22; 26:5). Balaam, un pagano, testificó de ello (Núm. 23:10). Más tarde, Salomón expresa su admiración por este fenómeno (1.º Rey. 3:8). Esto, en lo tocante a la simiente carnal; ¿y por lo que respecta a la tierra de Canaán? ¿Cómo se cumplió la promesa sobre Palestina?

Se cumplieron al pie de la letra todas las promesas de Dios en relación con la tierra de Canaán, entregada a la simiente del patriarca. Al cabo de los cuarenta años de peregrinación por el desierto, los hebreos cruzaron el Jordán, bajo la conducción de Josué, y procedieron inmediatamente a la conquista de la tierra prometida. En esta tierra permanecieron más de ocho siglos (Israel estuvo 700 años; Judá, 800) y, después del exilio babilónico, los que regresaron de la cautividad permanecieron otros 600 años hasta la destrucción de Jerusalén por los romanos el año 70 de nuestra era.

Cuando el israelita dedicaba al Señor las primicias de sus cosechas, decía: «*Declaro hoy a Jehová tu Dios, que he entrado en la tierra que juró Jehová a nuestros padres que nos daría*» (Deut. 26:3). Con ello reconocía la fidelidad de Dios a las promesas hechas a Abraham.

Idéntico reconocimiento de la fidelidad de Dios en el cumplimiento de Su palabra lo hallamos en el libro de Josué: «De esta manera dio Jehová a Israel toda la tierra que habla jurado dar a sus padres, y la poseyeron y habitaron en ella ...» (Jos. 21:43-44).

Más aún, al establecer su pacto con Abraham, Dios mismo había fijado los límites de la tierra prometida: desde el Nilo hasta el Eufrates (Gén. 15:18). Estos límites fueron nuevamente recordados por Moisés (Ex. 23:31. Cf. Jos. 1A). Al mismo tiempo, se les advirtió que no esperasen poseer toda la tierra inmediatamente después de entrar en Canaán, sino gradualmente. Las razones para esta conquista progresiva se dan en Ex. 23:29, 30. Finalmente, bajo Salomón, la promesa en relación con la tierra prometida halló cabal y pleno cumplimiento (1.ª Rey. 4:20-25). De este modo, Dios cumplía la palabra dada a Abraham y repetida constantemente a la casa de Israel.

El salmo 105, ese bellísimo himno de alabanza y gratitud al Señor, celebra concreta y expresamente la manera maravillosa con que Dios ha realizado cuanto predijo en su solemne pacto concertado con Abraham. Dicho salmo -todo él es extraordinario y forma un paralelo con el himno de David en 1.º Crónicas 16:7-36. Su relevancia para nuestro tema es evidente, ya que no se trata de una interpretación personal nuestra, sino de lo que el mismo salmo y el primer libro de Crónicas afirman sin ambages: «Se acordó para siempre de su pacto; de la palabra que mandó para mil generaciones, la cual concertó con Abraham... diciendo: A ti te daré la tierra de Canaán... Porque se acordó de su santa palabra dada a Abraham su siervo ... » (Sal. 105:8, 9, 11, 42 y ss.).

Cuatrocientos años más tarde, al regreso de la cautividad, los levitas que acompañan a Nehemías declaran explícitamente que Dios había cumplido su palabra: «Tú eres, oh Jehová, el Dios que escogiste a Abraham..., e hiciste pacto con él para darle la tierra..., para darla a su descendencia; y cumpliste tu palabra, porque eres justo ... » (Neh. 9:7, 9, 23-25).

Es así como las promesas materiales, terrenales, literalmente aplicadas a su simiente carnal, hallaron cumplimiento: la simiente se convirtió en una gran nación y, después, heredó la tierra prometida de acuerdo con los límites fijados por Dios y de manera progresiva, como se les había indicado.

¿Es una conclusión personal del autor? ¡En absoluto! Es lo que dicen los textos sagrados. Cada estudiante puede leerlos por sí mismo en su Biblia. Se trata de las conclusiones de la misma Escritura. Al pasar por alto este testimonio de la interpretación inspirada del mismo texto bíblico, hay hermanos -excelentes, piadosos y queridos hermanos- que llegan a conclusiones no demasiado acertadas en lo concerniente al futuro de Palestina y a la esperanza de los judíos.

3. ¿Y qué queda de la promesa de posesión eterna de la tierra?

A todo lo dicho anteriormente, los dispensacionalistas objetarán que la tierra fue prometida no sólo a la posteridad del patriarca, sino a él mismo como «*posesión eterna*». ¿Cómo, pues, es posible afirmar que Dios ha cumplido su palabra? Justamente en relación con este punto es por lo que comenzamos a introducirnos en la dimensión espiritual, profunda, del pacto con Abraham.

¿Qué quiso decirle el Señor al prometerle unos bienes eternos? Si entendemos la promesa en términos de adquisición terrena, hemos de admitir que el Señor no cumplió su palabra. Es evidente que la tierra de Canaán no ha sido una posesión eterna ni para Abraham ni para su simiente; en el mejor de los casos, puede hablarse de ocupación a intervalos. Por añadidura, ha estado casi diecinueve siglos, desde la invasión de las tropas romanas de Tito, en poder de los pueblos gentiles. ¿Vamos a culpar de informalidad a Dios? ¿Nos atreveremos a acusarle de incumplimiento de su palabra?

La base del pacto es, sin lugar a dudas, la gracia por parte de Dios y la respuesta de fe de Abraham; pero el disfrute de las bendiciones que dicho pacto conlleva, va unido a la fidelidad del creyente. Un pueblo desobediente e infiel no puede esperar el poder gozar de los beneficios del pacto. Moisés advirtió de ello muy solemnemente a los hijos de Israel (Deut. 4:23-27). Con parecidas palabras fue también advertido Salomón de que, si olvidaba la ley de Dios y servía a otros dioses, la ira del Señor sería sobre él (2.Crón. 7:19-22). La historia subsiguiente demostró de la manera más clara posible que la apostasía de la nación judía privó del favor divino al pueblo. Los judíos que regresaron del exilio babilónico no se hacían ilusiones; admitían y reconocían la justicia del juicio divino sobre su pueblo (Neh. 9:33).

Pero si algo aprendieron los fieles desde Abraham hasta Daniel, es a no confiar en los medios materiales, en las posesiones terrenas, en los recursos carnales. La obediencia de Abraham le llevó lejos en una senda de austeridad y vicisitudes temporales sin fin, que contrastaban con las comodidades que dejó en Ur de los caldeos. Sin embargo, la tierra le fue prometida a él, individualmente, como «posesión eterna», a él que no fue sino un extranjero (Gén. 17:8). Pero este mundo es transitorio, temporal y, además, se halla bajo maldición (Rom. 8:22). Resulta difícil comprender que Dios prometiera por toda una eternidad algo sobre lo que pesa una maldición, algo tan efímero y grágil; algo que, además, resultaría demasiado corto y angosto si un día todos los judíos resucitados tuviesen que ocuparlo.

Abraham fue siempre un forastero en Canaán y, como acabamos de señalar, su posteridad sólo disfrutó de la tierra a intervalos, no ininterrumpidamente. Abraham sufrió en aquellos parajes, aunque él no se aferraba a lo terreno (Gén. 15:1; Heb. 11:9, 10) y, por tanto, su dolor halló resignación y consuelo en la esperanza alentada por su fe.

Entonces, ¿qué quiso decir Dios a Abraham al prometerle la tierra como posesión eterna? ¿No se hallará la interpretación de estas promesas en la misma línea del pensamiento de Pablo en 1.1 Corintios 3:21-23, cuando afirma que el cristiano, potencialmente, es poseedor de todo, porque todo es nuestro: el mundo, lo presente, lo por venir; todo, nuestro? Aquí, en la perspectiva cristiana, se nos da mucho más que una parcela o una nación; se nos ofrece todo el espacio y todo el tiempo; el aquí y el ahora, el Universo y la eternidad. ¿En qué medida poseemos nosotros estas cosas? O, mejor dicho, ¿hasta qué punto somos conscientes de tales posesiones?⁴²

La Palabra de Dios, en muchas ocasiones, da por realizado lo que está aún en marcha y hasta lo que tan sólo es proyecto; suele dar por acabado lo que, desde nuestra perspectiva, es todavía incompleto. La razón es muy sencilla: la perspectiva bíblica es la perspectiva misma de Dios, para quien no cuentan nuestros agóbianos conceptos de tiempo y espacio. Por boca de Juan, puede afirmar que Jesucristo fue ya inmolado antes de la formación del Universo (Apoc. 13:8),⁴³ o que nosotros -ya ahora- estamos sentados en los lugares celestiales con Cristo Jesús (Ef. 2:6). Lo que, en nuestra breve experiencia actual, no pasa de ser una degustación anticipada de algunas de las muchas bendiciones venideras, una vivencia parcial de todo lo que representará la comunión perfecta con Dios en la gloria, para el Señor -desde la atalaya de su eternidad es cosa futura, sino ya cumplida, porque Dios no se halla condicionado, como lo estamos nosotros, a los límites de tiempo y espacio.

Esto explica el significado profundo de textos como los citados. También ayuda a comprender la pauta constante en las exhortaciones del Nuevo Testamento que nos instan a ser lo que ya somos; es decir, a devenir en nuestra experiencia actual lo que ya somos a los ojos de Dios. Vittorio Subilia lo ha señalado certeramente: «El Nuevo Testamento contiene numerosas afirmaciones y exhortaciones, en las primeras de las cuales se nos da a los creyentes la seguridad de que somos del Señor y estamos en Él, mientras que en el segundo grupo, el de las exhortaciones, se nos llama continuamente a ser consecuentes y a convertirnos en lo que *debemos ser*: "... nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Cristo" (Rom. 6:6); "consideraos muertos al pecado" (Rom. 6:11); "habéis resucitado con Cristo" (Col. 3:1; cf. vers. 9); "así también nosotros andemos en novedad de vida" (Rom. 6:4); "renovaos en el espíritu de vuestra mente"; "... revestidos del nuevo (hombre), el cual conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el pleno conocimiento..." (Ef. 4:32; 5:2 y Luc. 6:36), entre otros. ¡Sois! ¡Pues sed lo que sois ya! El Nuevo Testamento une al *don* la *exhortación*... La Iglesia debe convertirse más y más en aquello que ya es en sí misma: ¿Sois ya? Luego ¡sed lo que sois!»⁴⁴

Del mismo modo, la promesa hecha a Abraham implica la posesión latente de la tierra, pero no en términos de simple propiedad como la entendería el mundo, un mundo caído, que no puede ir más allá de los conceptos jurídicos de propiedad, sino como prenda de una posesión mejor, plena y eterna, cuando esta tierra quede fundida y confundida, para dar paso a los cielos nuevos y a la nueva tierra, cuando los reinos de este mundo vengan a ser los reinos de Dios y de su Cristo (Apoc. 21). Que esto no es fantasear, lo prueba la Escritura misma en Hebreos 11, cuando afirma: «Por la fe habitó (Abraham) como extranjero en la tierra prometida, como en tierra ajena, morando en tiendas con Isaac y Jacob, coherederos de la misma promesa; porque esperaba la ciudad que tiene fundamentos, cuyo arquitecto y constructor es Dios» (Heb. 11:9, 10).

La verdad es que la promesa de una «posesión eterna» y el tremendo contraste que la misma ofrece con los avatares de su cotidiano vivir, iba dirigida a crear en él más altas aspiraciones espirituales, apartándole de la idea de ganar una simple herencia corruptible. «No temas, Abraham, yo soy tu escudo, y tu *galardón sobremano grande*» (Gén. 15:1), le dijo el Señor, elevándole a más altos anhelos y al deseo de más sublimes goces: «Me mostrarás la senda de la vida; en tu presencia hay plenitud de gozo; delicias a tu diestra para siempre» (Sal. 16:11; cf. también Sal. 36:7-9). Lo que Abraham buscaba lo encontraría en Dios mismo y no en ninguna propiedad de tierras, legalmente extendida a su nombre. Y así adquirió la verdadera perspectiva del hombre de fe. Y no sólo Abraham, sino muchos otros como él: «Conforme a la fe murieron todos éstos sin haber recibido lo prometido, sino mirándolo de lejos, y creyéndolo, y saludándolo, y confesando que eran extranjeros y peregrinos sobre la tierra. Porque los que esto dicen, claramente dan a entender que buscan una patria; pues si hubiesen estado pensando en aquella de donde salieron, ciertamente

tendrían tiempo de volver. Pero anhelaban otra mejor, esto es: celestial; por lo cual Dios no se avergüenza de llamarse Dios de ellos; porque les ha preparado una ciudad» (Heb. 11:13-16). Esta, y no otra, fue la esperanza de los patriarcas y de los grandes siervos de Dios del Antiguo Testamento.

4. Luz que aporta el mensaje de la Cena del Señor

Phillip Hughes, en la misma línea de pensamiento escatológico, sugiere que las realidades que esconde proclama la Santa Cena ofrecen un buen ejemplo para entender el sentido profundo de las promesas divinas hechas a los patriarcas, referentes a la «posesión eterna» de la tierra de Canaán. Escribe el erudito inglés: «No acusamos a Cristo de inconsistencia o de insinceridad cuando la Escritura nos cuenta que, estando todavía en el cuerpo delante de sus discípulos, no obstante tomó pan y vino y les dijo estas palabras: "Esto es mi cuerpo" y "Esto es mi sangre". Si hubiera dado a entender que aquellas afirmaciones eran literales, ello habría supuesto que les estaba ofreciendo parte de su cuerpo y de su sangre, cosa inimaginable estando presente allí delante de ellos. Estas maravillosas palabras del Señor indican que estaba hablando en un sentido no carnal, sino espiritual. Los elementos visibles del pan y del vino no estaban allí simplemente como sustento del cuerpo, sino más bien como señales tangibles, como signos a modo de prendas, de lo invisible y espiritual, que es lo que realmente sustenta la vida del alma que se halla unida a Cristo y se alimenta de El mediante la fe. No acudimos a la Santa Cena para tomar una comida material, sino para que nuestros pensamientos y corazones sean transportados al cielo, donde está nuestro Salvador preparando lugar para nosotros. No buscaron otra cosa Abraham y los demás patriarcas en la visible tierra de Canaán que les fue dada como posesión eterna, ni tampoco interpretaron carnalmente las buenas cosas que el Señor les prometía. Si no hubiese sido así, habrían sufrido amargas desilusiones. Pero buscaban algo más que el goce temporal y anhelaban la plenitud de una eterna bienaventuranza, escondida a los ojos físicos, pero no menos real para la visión de la fe.»⁴⁵

5 ¿En qué se asentaba la esperanza de los patriarcas?

Si la Escritura no miente, la esperanza de los patriarcas no radicaba en Palestina, sino en la presencia misma de Dios en los cielos. Como Pablo, ellos también podían exclamar que «nuestra morada está en los cielos» (Fil. 3:20), y "en la Jerusalén de arriba (Gál. 4:22-31).

Pero no sólo fue dada la promesa a los patriarcas en términos de eternidad, sino que la misma promesa, repetida a los descendientes de Judá, a la familia de David, quedó formulada en expresiones similares: «Y será afirmada tu casa y tu reino para siempre delante de tu rostro, y tu trono será estable eternamente» (2.º Sam. 7:16 ' comp. con Luc. 1:32-33). La promesa del Reino eterno exigió, finalmente, al Rey eterno para que la llevara a cabo y se cumpliera. Keil y Delitzsch escribieron: «El establecimiento del Reino y del trono de David *para siempre*, señala incontrovertiblemente una época que va más allá del reinado de Salomón y está indicando que se trata de la permanencia eterna de la simiente de David... No debemos reducir la idea de eternidad a la noción popular de un período de tiempo incalculablemente largo, sino que debemos tomarla en su sentido real absoluto, como fue evidentemente entendida la promesa por el salmista: "Pondré su descendencia para siempre, y su *trono como los días de los cielos*" (Sal. 89:29). Ningún reino terreno, ninguna posteridad de ningún hombre, son de duración eterna... La posteridad de David, por consiguiente, podía vivir siempre si se encarnaba en una persona que viviese siempre, es decir, si culminaba en el Mesías, que vive eternamente y cuyo Reino no tiene final.»

San Pablo resume esta realidad en las conocidas palabras de Gálatas 3:16: «A Abraham fueron hechas las promesas, y a su simiente. No dice: y a sus simientes, como si hablase de muchos, sino como de uno: *Y a tu simiente, la cual es Cristo.*» No es que Pablo se apoye en una cuestión gramatical para dar validez a su argumento; apela al uso del nombre en singular, para confirmarnos la verdad de su exégesis. Ciertamente el nombre singular «simiente» como «linaje» puede tener una connotación colectiva, pero debemos recordar que Pablo no solamente tenía en cuenta esto, sino que añade en este mismo pasaje una interpretación basada en el sentido colectivo del término: «Todos vosotros sois uno en Cristo Jesús. Y si vosotros sois de Cristo, ciertamente linaje de Abraham sois y herederos de la promesa» (Gál. 3:28, 29). La interpretación colectiva no contradice a la individual, ya que, como bien se indica en el argumento del apóstol, los creyentes cristianos son tenidos como la verdadera simiente de Abraham; ellos constituyen el linaje del patriarca sólo sobre la base de su identificación con Cristo por medio de la fe; ellos (el linaje colectivo) son contemplados y aceptados en El (el linaje individual, la simiente mesiánica que hereda y cumple las promesas veterotestamentarias). De modo que el término «linaje» -o «simiente»- debe entenderse tanto en su sentido colectivo como individual. Un significado sirve de complemento al otro, y no de contradicción. Pero lo colectivo debe entenderse siempre de manera única como resumido en la persona del Mesías: «todos vosotros sois uno en Cristo Jesús».

Es así como todas las promesas de Dios son en Cristo Sí y Amén (2.ª Cor. 1:20). En este punto nuclear --Jesucristo-- las ramas del olivo (para usar la metáfora de Pablo en Romanos 11) consiguen su unión vital con el tronco y pueden aprovecharse de su savia renovadora. Todo depende de la unión con Cristo (Rom. 11:17).

Y estar en Cristo comporta muchas cosas; de hecho lo es todo para el creyente. Somos llamados en El a juzgar al mundo, a sentarnos juntamente con El en lugares celestiales, incorporándonos a su realeza y señorío. Todo por su gracia y en virtud del principio de identificación vital, que nos liga a El con vínculo indisoluble. De ahí que en El todo sea nuestro: «Así que ninguno se glorie en los hombres; porque todo es vuestro; sea Pablo, sea Apolos, sea Cefas, sea el mundo, sea la vida, sea la muerte, sea lo presente, sea lo por venir, todo es vuestro, y vosotros de Cristo, y Cristo de Dios» 1ª Cor. 3:21-23).

Nuestros queridos hermanos dispensacionalistas, al leer estas páginas, nos acusarán de espiritualizar excesivamente los textos. Sin embargo, les rogamos prudencia y objetividad. Nuestra interpretación es la del Nuevo Testamento. Es decir: hemos leído las promesas de Dios a Abraham, a David y a Israel en general, a la luz de la perspectiva novotestamentaria. Hemos preferido buscar en el mismo texto apostólico la dimensión inspirada de lo que significan las profecías del Antiguo Testamento tocantes a la simiente de Abraham, antes que seguir los prejuicios de una escuela profética discutible.

Pero hay más. La interpretación dispensacionista, que imagina haber solucionado toda la problemática profética dejando para el futuro milenio el cumplimiento de las promesas hechas a los judíos, aboca a un callejón sin salida. En efecto, no es lo mismo «eternidad» que «mil años», ni la expresión «para siempre» equivale a «milenio».

Los hermanos premileniales que no son dispensacionistas, entienden bien este punto. Apoyan su creencia en el milenio sobre razones muy diferentes del endeble argumento de que todo cuanto fue prometido a Israel, debe hallar un cumplimiento literal, que en su opinión es sinónimo (cosa muy discutible) de terrenal y temporal, antes que los «cielos nuevos y la tierra nueva» de Apocalipsis 21. Pero para esto nuestros hermanos dispensacionistas tienen que leer «milenio» allí donde dice «eterno». Así, el premilenialismo, lejos de recibir ayuda del dispensacionismo, resulta perjudicado. Ninguna causa, ninguna escuela hermenéutica salen prestigiadas si, en aras de sus «sistemas» y «sistematizaciones», tienen que alterar el significado obvio de las palabras.

¿Hay esperanza para Israel? La hay, como para el resto de los humanos, en la salvación que Dios ofrece en Cristo. No existe otro camino, ni hay otra salida. Es posible que la futura conversión de los judíos que predice Romanos 11 tenga alguna relación con el retorno de muchos descendientes de Abraham a Palestina, pero no en virtud de ningún cumplimiento profético que haría de la raza judía -meramente por ser judía- objeto especial del favor de Dios. Tampoco sería para que en dicho retorno se cumplieren las profecías que ya fueron cumplidas, ya sea en la Antigüedad, tal como lo relata el propio Antiguo Testamento, ya sea en Jesucristo y en su Cuerpo, que es la Iglesia. Para mayor gloria de Dios, un remanente judío, acaso reunido en Palestina, servirá para exhibir, una vez más, las profundas maravillas de la gracia de Dios delante de todo el mundo. Pero la verdadera esperanza de Israel, el único camino que les queda para ser salvos es la fe en el Cristo que crucificaron hace cerca de dos mil años en las afueras de Jerusalén. No hay otra esperanza.

6. La gran conversión de Israel

El gran teólogo de Princeton, Charles Hodge, creía que Romanos 11 enseña una conversión nacional de los judíos a Dios, en los últimos tiempos. No la conversión de todos los judíos, pero sí de un número tan grande de ellos que pueda hablarse con propiedad de una conversión nacional. G. Vos escribió también que, «en el futuro, cabe esperar una amplia conversión de Israel».

Algunos expositores, por otra parte, han interpretado «todo Israel» en Romanos 11:26 en el sentido de Israel espiritual, mientras que Luis Berkhof y W. Hendriksen lo entienden como «el número total, completo, de los elegidos del pueblo del pacto antiguo».⁴⁶

Seguramente tiene razón Waldegrave cuando afirma que «es muy posible, apoyados en Romanos 11, que una masiva vuelta de judíos al Señor preceda al advenimiento de Cristo».⁴⁷

En una reciente obra, *The Furitan Hope*, Iain Murray sostiene que antes de la segunda venida de Cristo habrá un gran avivamiento a escala mundial. Esta fue la gran esperanza de los autores puritanos del pasado, basada en su lectura de Romanos 11. Dicho avivamiento comprenderá la conversión de grandes multitudes de gentiles, así como de judíos, es decir, de la gran mayoría de éstos. Iain Murray fundamenta su punto de vista en la profecía veterotestamentaria y en Romanos 11, dentro de una postura milenial, o sea, aparte de ningún reino de Cristo que dure mil años sobre esta tierra.

Conviene advertir que ninguno de estos autores supone que cada individuo israelita será salvado, sino simplemente que las conversaciones se producirán a gran escala, alcanzando cifras nunca igualadas con anterioridad. Al final de su ministerio el Señor dijo que los judíos no iban a verle ya más, sino cuando volvieran a bendecir su venida: ¡Porque os digo que desde ahora no me veréis hasta que digáis: Bendito el que viene en el nombre del Señor» (Mat. 23:39; Luc. 13:15). En otras palabras, la actitud de un gran número de judíos cuando Jesús venga de nuevo, será una actitud cambiada.

En contra de lo que, si no de un modo explícito, si se deduce implícitamente, al menos, de mucha de la actual enseñanza dispensacional, la Biblia enseña que la bendición vendrá sobre los judíos de la única y exclusiva manera en que viene también sobre los gentiles: mediante la fe en Cristo (Rom. 11:23, 32). No hay esperanza para el judío, como no la hay para nadie, aparte del arrepentimiento y la fe (Hech. 3:19; 4:12). Han cesado definitivamente las distinciones entre judío y griego (Rom. 10:12; Gál. 3:28); ambos deben ser salvos mediante la gracia que fluye de la obra expiatoria del Salvador crucificado. Alentar la esperanza de los judíos simplemente por motivos raciales (porque son judíos) es predicar otro evangelio (Gál. 1:8)

¿Qué lógica exegética, qué clase de hermenéutica nos autoriza para saludar alborozados el retorno de los judíos incrédulos, escépticos y, en su mayoría, ateos, a Palestina como si se tratase del cumplimiento de las profecías? ¿Cómo es posible que haya cristianos que consideren a los israelíes del moderno Estado de Israel como el «pueblo de Dios»? La profecía conecta siempre dos realidades fundamentales: conversión y restauración (cf. Deut. 30:8-10; Ez. 20:38).

Ya hemos visto que muchas de las profecías del Antiguo Testamento que tenían que ver con la restauración del pueblo de Israel a su tierra tuvieron ya un cumplimiento en el retorno de la cautividad de Babilonia. Alcanzarán su completo y total cumplimiento también aquellas que quedan por cumplir, con la irrupción del Israel espiritual, la innumerable simiente de Abraham (Gál. 3:29; Rom. 4: 16-18), que ha de regresar a su hogar en Cristo en los nuevos cielos y la nueva tierra (2.ª Ped. 3:13; Apoc. 21:1). La verdadera circuncisión, compuesta de judíos y gentiles, verá este cumplimiento perfecto (Fil. 3:3), los ciudadanos de la Sión celestial (Heb. 12:22).

Notas:

42. Véanse los capítulos 4 y 5 de mi libro *Goza de la vida*

43. Algunos comentaristas piensan que esta frase final de Apocalipsis 13:8 pertenece gramaticalmente a la frase anterior de acuerdo con Apocalipsis 17:8

44. "L'unité de l'église selon le Nouveau Testament", en *La Revue Réformée*, n° 72, 1967/4, pp. 9-11

45. The Divine Pan for jew and gentile (The Tyndale Press, London, 1949), pp. 12-13

46. No estará de más recordar una vez mas que el original de Romanos 11:26 no dice holós = entero, sino pas = todo el que sea.

47. Véase J. Murray sobre Romanos 11, en su comentario Epistle to the Romans